

F. GAMBOA.

aprovechando siempre la menor oportunidad de contrariar á los gendarmes y de molestar al vecindario, gritando «vivas» y deseando muertes, silbando desaforados y pisando charcos para ensuciar á los trauseuntes. Plegóse Carlos lo más que pudo para no ser visto y se volvió ojos; bajó el mayordomo del pescante, esperó a la camarista y se marcharon ambos, muy bien educados, sin fiscalizar a su señora. Siguió ésta, y por último, un individuo que Carlos reconoció sin esfuerzo: el antiguo propietario de Fly.

Iba á provocarlo, bebiéndose las amargas lágrimas que le hacía derramar el despecho, pero felizmente se contuvo. Era la última, armar un escándalo; lo expulsarían del destino y sin economías ni crédito lo ahogaría la miseria.

Y bruscamente, calado hasta los huesos por la lluvia, sufriendo de una manera indecible, se puso á tararear un trozo de música—también de dolor se canta—que recordaba haber oído en alguna parte.

—Ya lo creo, exclamó, eso es. “Si lo supiera mi mamá?”

Repetía inconscientemente, las intencionadas coplas de Mimí.

¡VENDIA GERILLOS!

I.

¡Soñaba!

Soñaba encontrarse en un baño de agua fría, al aire libre, que lo hacía temblar con sus caricias. No podía nadar, y sentíase adolorido por la dureza del estanque. Iba á perecer; el agua, que había estado humedeciéndole las manos, suavemente, con dulzura, á intervalos, le llegaba ya á los ojos, después de haberle hecho cosquillas en la nariz y en la boca. Intentó el último esfuerzo, extendió el brazo y afianzado en la orilla salvadora..... despertó. Su perro *Turco*, agitando la cola y corriendo de un lado á otro, ladraba con estrépito, permitiéndose de vez en cuando alargar la pata hasta la altura de la cara de su amo, que soñoliento todavía, lo dejaba hacer, sonriéndole con cariño. Se esperezó, comprendiendo que la lengua de *Turco* acababa de representar el papel del agua que lo ahogaba, y aban-

donó el lecho temblando siempre, al contacto del vientecillo helado de la mañana.

Silbó á su perro y se marchó á emprender sus diarias faenas.

Este Luis era un muchacho lleno de recursos: había dormido en el dintel de la puerta de una tienda; apenas si se anunciaba el invierno, ninguna falta le hacían abrigos ni domicilio. Además, no los tenía, ni apellido, ó por lo menos estaba ignorante de su genealogía, pero en cambio entendía á las mil maravillas cuando alguien lo llamaba por su alias. ¿Quién no conocía á *Sardín*? Lo que sí no era fácil conocer, era el origen del apodo, ni mucho menos su nacionalidad gramatical. Debíalo, sin embargo, á una pequeña hazaña cometida en momentos aflictivos. En cierta ocasión, asociado de otros pilluelos de su edad, discurría un ardid que les permitiera comer algo; el día había sido malo, los negocios escasísimos y el apetito voraz. No quedaba otro recurso que birlar á los vendedores ambulantes, sus comestibles. El plan fué sencillo; dos de ellos simularían una riña junto á una de esas mesitas atestadas de panes rellenos de sardinas, para distraer la vigilancia del propietario y dar así tiempo á Luisito de apoderarse de varios, pero con moderación y sin abusar, esto es, á razón de uno por cabeza. Llevóse á cabo el plan con toda felicidad y Luisito dióse tales mañas, que con el fin de no despertar las sospechas del mercader con la ausencia

de los panes, dejó á éstos en sus respectivos lugares, guardando sólo una provisión de sardinas, suficiente á calmar las necesidades estomacales que los atormentaban. Quedó desde entonces bautizado de *Sardín*, en recuerdo de la memorable jornada, y no hubo forma, á pesar de sus poderosos esfuerzos, de que lo designaran de otra manera. Andando los tiempos, llegó á familiarizarse con el sobrenombre, á un grado tal, que casi, casi, le hubiera sido imposible decir cómo se llamaba. Enterró su nombre al lado de un sinnúmero de recuerdos que procuraba tener domiciliados lo más lejos posible de su memoria, porque cuando cerca se le presentaban hacíanlo sufrir extraordinariamente. Estas exhumaciones involuntarias le traían, como obsequio, dosis exageradas de amargura. Acosábanlo, por lo general, en las noches en que el frío ó el hambre mortificaban á su naturaleza. Calcular la edad de *Sardín* habría parecido empresa de romanos.

La miseria no permite esos cálculos tan faltos de educación en los seres que trata de predilectos.

¿Quién va á atinar con la edad de esa nube de chiquillos que andan en la calle asaltando á los transeuntes, ofreciéndoles fósforos, billetes de lotería, periódicos y hasta flores?

¿Qué filántropo ejerce á la intemperie, acariciando á esos niños sucios, indolentes, sin familia y sin moralidad? Todos caminan pálidos, á cuarto de vestir, haciéndose muecas incomprensibles, ha-

blando caló, rechazados, con enfado por el que va de prisa, con asco ó temor por la que va de compras, y con brutalidad por el gendarme!

Y entre ellos, hay niñas también, cuyo sexo sería difícil distinguir á primera vista. Observando un poco, pueden designarse sin temor de equivocaciones; por una poética y significativa casualidad, son las que venden flores. Futuras educandas de la Inspección de Sanidad, no tienen en su infancia otro contacto puro, otra distracción inocente, que confeccionar pequeños ramos de margaritas y violetas, con la artística coquetería que es intuitiva en la mujer.

A nadie se escapa el cruel contraste que ofrecen el hijo de una persona acomodada recostado en los cojines de un cochecito que empuja una aya de cofia y delantal, risueño, contento, juguetero, y uno de estos hijos del misterio, lívido, con los ojos brillantes, expulsado de un café. Cualquiera, al ver al primero, se siente con ímpetus de hacerle una caricia, y al encontrar al segundo, se asegura inconscientemente el bolsillo del pañuelo.

En uno, todo es blanco, hasta el cochecito; en el otro, todo es negro, hasta el pensamiento.

Cuando Sardín pensaba en su pasado—y tendría 10 años—decía que estaba de luto, aislábase de sus amigos y se iba solo, a dormir donde encontraba. Algunos acontecimientos, los veía con una precisión abrumadora, los más eran informes, leja-

nos. Preocupábase especialmente, de quiénes podrían haber sido sus padres. Jamás lograba averiguarlo, y eso lo entristecía; hubiera sido tan respetuosamente cariñoso con ellos, los habría mimado tanto, que lo querrían muchísimo; cómo no habían de quererlo viéndolo sufrir lo que sufría? Y perdíase en conjeturas é ilusiones, vagando en un mundo de deseos purísimos; anhelando ternura, deseando amparo, necesitando amor. Su propia desnudez le preocupaba poco, comparándola con la ausencia de alguien á quien querer. Poblaba su fantasía de figuras agradables, que respiraban bondad y que le dispensaban siempre afectuosa acogida. Soñaba otras veces en próximas é inacabables grandezas, todas para él, se las adjudicaría sin remordimiento y sin opositor, demasiado que se las merecía. Apenas si recordaba por qué vivía en la calle, desde cuándo, dónde había nacido.

Luchando por esclarecer las nebulosas de su pasado, se veía muy pequeñito en una casa que debió ser de campo, rodeado de luz y de flores, de sol y de vida; revolcándose en el césped, junto á una niña rubia y de ojos azules, pero tan dulces y tan expresivos, que con sólo cerrar los suyos, volvía á mirarlos. Recordaba también á la señora de la casa, la madre de la niña y la adoptiva suya, según le comunicó algún tiempo después una sirvienta de la familia, cuando él empezó á crecer y á no ser admitido en la mesa de los señores. Separáronlo de la

niña y no le fué dable verla más que los domingos, al concurrir amos y criados á la misa matinal de la aldea. Eran los únicos momentos que permanecía quieto, más por contemplar á su rubia amiguita que por profundizar los misterios del santo sacrificio. Y no porque no respetara al señor cura, al contrario, alborotábale escuchar sus pláticas doctrinales, que aunque no entendía completamente, le producían un bienestar indecible brotando de los labios de aquel anciano siempre sonriente, siempre dispuesto á perdonarle sus pecadillos.

No se daba cuenta muy exacta de varios pasajes difíciles de la historia sagrada, tales como los trastornos astronómicos causados por Josué, la flotante vivienda de Jonás y las dotes oratorias de la caballería de Balaam, parecíanle raros, pero creía en ellos únicamente porque se los oía al señor cura, sentado en un rincón de su huerta y rodeado de los chicos del pueblo, hablando con una voz acompasada y armoniosa, accionando suavemente, con la cabeza descubierta en la que brillaban millares de canas, heridas por la desvanecida luz del crepúsculo en todo su esplendor, como no había vuelto á verlo en la ciudad, lleno del aromado perfume con que se despiden las flores, al cerrar sus corolas, en espera de los céfiros que han de turbar amorosamente sus sueños; oyéndose ese rumor de hojas, misteriosa conversación de los campos, y allá á lo lejos, las voces de los pastores juntando

sus ganados. Gustábale quedarse á lo último para despedirse, después de que el señor cura repartía frutas á sus inquietos discípulos, para contemplarlo un rato más, para besarle la mano repetidas ocasiones, sintiéndose feliz si al partir lo acariciaba inclinándose hasta alcanzar su pequeña estatura y le decía:

—Sé bueno, Luisito, procura siempre ser bueno!

Ya hacía tiempo de todo esto, y no podía olvidar tales escenas; cuando necesitaba de algún consuelo, pensaba en las palabras del señor cura y se proponía no cometer nunca ni la más pequeña falta. A veces se revelaban en su interior odios aún vivos, los que le nacieron el día de su expulsión, tan sin motivo, tan injusta, tan cruel. Qué distinta suerte habría tenido si se hubiera quedado viviendo con aquella familia! Cómo recordaba el día aquel. Era el señalado para regresar a la ciudad, y desde temprano, el movimiento fué extraordinario, cerrando maletas y arreglando trastos. Mozos extraños a la casa y la servidumbre de la misma, entraban y salían por todas las puertas, sin que nadie se cuidara de lo que ejecutaban. Casi al partir, la señora extrañó la ausencia de una alhaja, «mi brillante» según gritaba en varios tonos. Y se interrumpió la partida, comenzaron averiguaciones, careos, promesas, amenazas; hablábase de llamar un policía: todo en vano, el tal brillante no daba señales de existencia, ni ninguno de los asistentes

se delataba por un signo cualquiera. La aparición del alcalde del pueblo, descubierto respetuosamente y atormentado por las exageradas dimensiones de su justiciera vara, no dejó de causar honda impresión; y antes de que procediera á un cateo riguroso, vigilado por la señora, una de las criadas manifestó deseos de poner la verdad en su lugar. Fué admitida en audiencia privada é inmediata, hablando mucho, accionando más y señalando especialmente á donde se encontraba él, Luisito, que en todo pensaba menos en el ruidoso asunto que había retardado la marcha. La señora movía la cabeza manifestando con ese ademán una duda profunda, pero los argumentos de la criada debieron de ser convincentes, puesto que despidieron á la justicia rural sin más cumplimiento que un «ya puede Ud. irse» y salieron por fin de la quinta. El iba triste, siempre le apenaba abandonar el campo. Extrañó que le hablaran de usted, al designarle el lugar que debía ocupar en el camino. Creyó haber cometido un desacierto y adivinando que lo reñirían al llegar, no habló palabra durante el viaje, que como de costumbre se verificó en el coche de la casa. Mucho lo alarmó que una vez llegados, lo condujeran á las habitaciones del señor y escuchar en ellas palabras que lo aterrorizaron.

—Debía medio matarlo por ingrato y por pícaro—decíale el amo de la casa;—á su edad haciendo cosas semejantes! Acabaría en un presidio, en la

horca tal vez. Por qué había robado aquel anillo?

Y él, sin comprender lo que aquello significaba, negó, negó cuanto le preguntaron. Nada sabía, nada había robado, de qué anillo le hablaban? Sus padres adoptivos se exasperaban con sus negativas, mirándose entre sí y hablando al mismo tiempo. Admiráronse de su calma, de su manera de responder, lo injuriaron, y en un momento de cólera, lo golpearon llenos de indignación. Al día siguiente lo pondrían en una casa de corrección, para que se enmendara él y calmar ellos su conciencia.

—Salga usted de aquí, perillán, y no nos vuelva á ver, fueron las frases con que terminó la entrevista.

Salió tambaleándose, con vértigo. Lo único que claramente oía, era la amenaza de enviarlo á una casa de corrección, figurándose en su interior, que debían de ser espantosas las tales casas, llenas de tormentos extraordinarios, que lo hacían temblar sin conocerlos. ¿Qué haría? ¿Por qué lo llamaban ladrón? Y no era broma, no. Por broma no lo hubieran golpeado ni le hubieran dicho tanto, ni hubieran estado tan serios! Llorando en una pieza desierta se pasó mucho tiempo, perdida su fantasía en reflexiones y temores. Puesto que no lo escuchaban y que le habían prohibido volver á verlos, el asunto era irremediable y la resolución urgente. No tenía más que un refugio, irse con el se-

ñor cura, contárselo todo, absolutamente todo. De seguro que lo recibiría, y que no creería que él era un ladrón, al contrario, y estaría tan contento allá, escuchándolo y obedeciéndolo, sirviéndole de lo que quisiera; ya se daría sus mañas para salir adelante con el cargo que se le confiara, aun cuando fuera muy superior á sus fuerzas. Y mientras más analizaba su decisión, mejor la encontraba. Tuvo que abandonar muy á pesar suyo el halagüeño plan, ante un inconveniente que surgía insuperable. Era de suponerse que el cura participara á sus señores lo que ocurría, y como éstos lo que querían—bien claro se lo habían manifestado—consistía en un encierro de corrección, fácilmente lo realizarían sin darle tiempo á escapar á castigo tan cruel como inmerecido. Lloró más todavía, al tener que rechazar el proyecto, y por más empeños no atinaba con una medida salvadora. Las horas pasaban; escuchaba distintamente el ruido del comedor, debía ser de noche, él estaba á oscuras y sin resolverse. Lo esencial era colocarse fuera del alcance de esa familia, poner una respetable distancia entre los dos; cómo atinar? Instintivamente comprendía que era necesario el dinero para vivir por su propia cuenta, hizo balance y resultó poseedor de una peseta que el último domingo había recibido; la miró con ternura, como á la próxima compañera de sus primeras amarguras y decidióse por lo pronto, á salir de allí cuanto antes, sin ser sentido, y caminar lo que pu-

diera para que no lo encontraran al buscarlo. Al mirarse en la calle, se arrepintió de su locura é iba á entrar de nuevo, cuando lo asaltó el pensamiento de la corrección; se pegó al muro lo más posible y emprendió la marcha sin rumbo fijo, sintiéndose atraído á donde veía mayor claridad y creyendo llevar á las espaldas á sus perseguidores. No se atrevía á comprar algo que comer, á pesar del apetito, temiendo preguntas importunas; eligió una puerta que le pareció segura, se acurrucó en uno de los rincones, y apretando la mano en que guardaba toda su fortuna, se quedó dormido.

II.

—¿Cómo te llamás?

—Luis.

—¿Luis, qué?

—Pues Luis nada más.

—¿Dónde vive tu papá?

—No tengo papá.

—¿Ni mamá?.....

—Tampoco.....

—¿Pero en fin, dónde vivías antes, por qué has dormido en la calle, desde cuándo lo haces, vamos á ver; lo que es yo, no te conozco y eso es raro, rarísimo.

—Ay, señor!—exclamó Luisito echando á llorar

—ayer me separé de una. una..... casa decente.

Su interlocutor lo miraba con buenos ojos, especialmente después de que se oyó llamar con un calificativo tan respetuoso. El tratamiento de "señor" lo desvaneció y comenzó á querer á Luis, ofreciéndose, in peto, impartirle toda la protección que el neófito demandaba y que él, piloto experimentado de la vida callejera, podía impartirle.

Acercóse á su protegido y le dijo:

—Ven conmigo.

Empezó á andar sin volver la cara ni preocuparse de Luis con la perfecta seguridad de que era obedecido y con la conciencia de la gravedad de su misión. Para acentuarla y acabar de deslumbrarlo, parecióle oportuno silbar un aire patriótico cualquiera y tomar un aspecto de indiferencia ante el espectáculo tan su amigo del despertar de la ciudad. Luisito lo seguía con algunas dificultades, porque iba muy de prisa, pero sin oponer la menor resistencia. Al cabo de un rato y fatigado por la rapidez de la marcha, se decidió, con algún temorcillo, á tomar informes. Volvió á pronunciar la palabra "señor," pues no se atrevía á llamar de otro modo al arrapiezo que lo precedía y que obraba con tanto aplomo.

—¿Que a dónde iban? Pues a donde debían de ir, a desayunar. ¿No tenía hambre? Ya vería qué bien los servían.

Tales argumentos sedujeron a Luisito. Estaba

contento pensando en el desayuno, hasta entonces recordó que en efecto, tenía mucha hambre y una peseta. Debía ofrecérsela á ese señor para pagar lo que comieran, pero ¿y si se enojaba? Distráido en sus reflexiones, chocó con su director, que se había detenido á la puerta de un cuarto en que figuraban una mesa grande, dos bancos, una mujer ya vieja avivando el fuego de una gran caja de lata que despedía por sus mal cerrados intersticios un humillo agradable y perfumado, entibiando una fortaleza de panecillos apilados en la parte superior.

—Dos cafés con pan—gritó el protector de Luisito entrando con éste de la mano y obligándolo á sentarse.

—No tengas miedo, hombre, come y después hablaremos,—le decía acariciándolo con una mano, mientras despertaba con la otra á un ejército de moscas pegado á la mesa y aún adormecidas por la escasa luz que á esas horas poseía el establecimiento.

Desayunaron con conciencia, sin perdonar migas ni olvidar restos, desquitando el precio moderado del brevaje y sin dirigirse la palabra. Luisito no separaba la vista de las misteriosas profundidades de su taza, observando enternecido cómo bajaba de nivel á cada sorbo y complaciéndose en prolongar la duración del café, por medio de trozos de pan que dejaba flotar un instante, para sumergirlos con la cuchara y comérselos con los dedos. No

pudo enterarse de cuando su bienhechor pagó arrojando con desdén medio real sobre la mesa, nitampoco de cuando encendió un cigarro en el braserillo de la anciana. Para convencerse de que por su parte en efecto había concluido, volvió la taza sobre el plato, que permaneció enjuto á pesar del contacto, suspiró lleno de bienestar y miró á su amigo que filosóficamente observaba las espirales de humo de su cigarrillo.

—Yo me llamo Juan y tengo 14 años, un comercio establecido y muchas relaciones. Tú no conoces á nadie ni tienes parientes, vivirás conmigo y trabajarás tu comida. Te conviene?

Y observando la muda aquiescencia de Luisito, empezó á narrarle las dificultades de su vida y de su profesión. Vendía fósforos y periódicos. Los domingos repartía programas de toros, revendiendo en las noches, las contraseñas de teatro que le obsequiaban.

—Somos muchos—decía, y nos ayudamos mutuamente. Cuando los vayas conociendo les tendrás cariño y contribuirás á proteger á las muchachas que nos acompañan. En tiempo de calor, dormimos en los jardines, procurando escapar á los gendarmes, y en el de frío, donde se puede.

Y continuó pintándole á lo vivo, los lados tristes y alegres de su existencia; las persecuciones de que eran objeto; la desconfianza que inspiraban; y en

tre otras muchas cosas, el porvenir que tenían: el hospital ó la correccional.

Luisito se estremeció; aparecíale de nuevo la causa de su aislamiento, esa correccional que tanto le alarmaba. Preguntó cómo era y qué se hacía en ella. Juan daba espeluznantes detalles con la frialdad de la experiencia, abultando algunas veces los castigos por lo latente de sus recuerdos. Cuando lo habían llevado á él, sí, á él,—repetía con importancia, al contemplar el espanto retratado en el rostro de Luisito—había sufrido mucho, muchísimo; y eso que sólo estuvo quince días; si hubiera estado más, se muere. A Luisito lo estaban martirizando sus propios pensamientos; con trabajo pudo preguntar cuál era el medio más seguro de evitar esa monstruosidad.

—Mucho ojo con los gendarmes, son los únicos culpables—respondió Juan.

Eran crueles y mal intencionados, complaciéndose en pescar los más que podían y llevárselos, generalmente de las orejas, para que los creyeran culpados en su obligación. Y no era cierto; ya iría viendo cuántas cosas malas hacían. Luisito lo escuchaba en el colmo de la admiración y prometiéndose una obediencia incondicional para cuanto se le indicara. El terror que antes sentía por la correccional se empequeñecía ante uno naciente, pero gigantesco y poderoso: los gendarmes! Comprendía en ellos á sus futuros y encarnizados enemigos y los

odió, prometiéndose desplegar tesoros de astucia para burlar su maldad.

El día se le pasó entre sorpresas é impresiones nuevas. Algunas lo herían, le hacían daño por su exagerado realismo, muchas le producían placer ó admiración, y todas, absolutamente todas, le dejaron un caudal de amarga enseñanza, despertando su natural malicia. Explicábase cosas que jamás había podido comprender, con una explicación tan sencilla, tan clara, que se reía de la cosa y de sí mismo.

La precocidad llamó á su inteligencia con toda la desesperación de la miseria y él la dejó entrar, haciéndole buena cara para tenerla contenta y de aliada en la próxima lucha que presentía.

Sin darse cuenta exacta de lo que la suerte le reservaba, sí estaba convencido de que era serio, tan serio, que a veces lo estremecía el presentimiento. Poco tardó en hacer amistades con los íntimos de Juan, entre los que figuraba una chiquilla regularmente considerada por los demás. Fué á ésta, á Matilde, como todos la llamaban, á quien se encomendó el cuidado inmediato del neófito.

—Enséñale bastante—le dijo Juan al separarse.

Y se repitieron los interrogatorios, regresaron las respuestas perdidas, acompañando á los consejos escuchados por la mañana, nada más que entonces eran en otra forma, con otra voz y con otras

palabras; no tan convincentes y tan enérgicas como las de Juan, pero sí más suaves, más delicadas.

Tal era la delicadeza, que Luisito, mirando á su interlocutora, casi con la misma atención con que en un tiempo miraba al señor cura, se quedó dormido en su regazo con el espíritu cansado ante tanto nuevo, tanta luz, tanta vida; cansado de su futuro domicilio, la vía pública, testigo y víctima paciente de ruido, pisadas, llanto, riqueza, sol y sombra. Matilde descuidó la venta de sus efectos por no despertar á Luisito, que confiadamente dormía, suspirando de vez en cuando.

Lo acariciaba distraída, pasándole la mano por la mejilla inclinada sobre él, y con el pensamiento vagando por esos mundos exclusivos de la mujer, llenos de espejismos que parecen realidades y de realidades que por su crueldad, parecen espejismos.

Arrastrábanse perezosamente los días en que Luisito practicaba su aprendizaje, para el que demostraba admirables disposiciones; no era tonto.

Neutralizábanlas, sin embargo, los derrotados restos de la moral que tan profundamente había arraigado en su cuerpecito la evangélica semilla, sembrada con mano firme por el cura rural, allá en su primera niñez, y dejada a medio fructificar por escrúpulos de su familia adoptiva. De todos sus compañeros diarios y nocturnos, no había uno que no dejara de tener interés verdadero por "el nuevo."

Parecían complacerse en enseñarle todo lo que sabían, que era mucho, pero malo. Llegaba el empeño de algunos catedráticos, á colocarse en equivalente altura, de las escuelas más progresistas: lo aleccionaban por el sistema objetivo. Adiestrábanle los cinco sentidos y con preferencia, tres: la vista, el oído y el tacto. Sin consideraciones, despedazaban su castidad agonizante. Contaban con sacar un aventajado discípulo en muy poco tiempo. Comprendía con medias palabras y ejecutaba con ó sin ellas, según lo exigían las circunstancias.

Recibía cada choque en su candor, capaz de derribar una catedral. En un mes, hubiera sido imposible reconocerlo; ni vestigios quedaban de las virtudes que forman la aurora de la niñez. Poseía en alto grado las costumbres, los modales, las palabras de sus camaradas. Perdió sus colores, adquiriendo en cambio, la palidez propia del género de vida que llevaba. Punto por punto, realizábanse los acontecimientos tal como se los había descrito Juan. Mucho le entristecía observar la paulatina destrucción de su traje flamante al independerse, y ya marchito y desgarrado. ¿Con qué lo reemplazaría? Ideando combinaciones, consultó á Matilde el caso; se comprometió ésta á hacerle una compostura mientras le encontraba sucesor al inválido, y en efecto, le hizo una duradera por un mes, pegándole pedazos de tela de clase y colores variados. Cómo se rieron durante la operación, que du-

ró dos días, en razón de lo destruido del efecto! Trabajaba ella sobre el cuerpo de Luisito, y por su poca práctica, dábale en ocasiones piquetes formidables que concluían en una mueca y en una cargada. Cuando se pusieron serios, fué cuando involuntariamente le dió una puntada en toda forma, en la carne viva, cerca del codo; los alarmó la sangre que tiñó el hilo y que no podían contener por más que hacían; en cuanto retiraban el dedo asomaba una nueva gota que iba ensanchándose y ensanchándose hasta que Luisito la obligaba á desaparecer, borrándola con su propia lengua. Empezaba á cansarse, y Matilde le propuso substituirlo; bebiendo ella de la sangre de él, serían hermanos:

—¿Quieres?—le dijo

Y Luisito respondió que nó, sin dar ninguna razón, horrorizado de esa fraternidad, á pesar de que le hubiera servido de algo el doble lazo.

Encontraba un placer indefinible contemplando á Matilde, cuyo creciente desarrollo iba embelleciendo sus facciones y contornos, no siempre cubiertos hasta donde el pudor reclama. No se explicaba este sentimiento, pero la verdad era que cuando algún transeunte le compraba un ramito de flores ó un billete de lotería, dirigiéndole una chanzoneta de dudoso color, sentía rabia, tristeza y ganas de reconvenir. Fué por entonces cuando verificó su hazaña de las sardinas. Se le bautizó con el alias que estaba llamado á conservar por toda su

vida; hízosele el objeto de una verdadera ovación y en capítulo general con competente quórum, recibió la borla de doctor. Enorgullecía á sus múltiples maestros, cuyas halagüeñas esperanzas estaban superadas por el éxito de la arriesgada operación; todos se disputaban el honor de la preferencia. Sólo él no estaba contento. Un resto de honradez protestaba contra ese hecho, punible por todos conceptos. Pronto, sin embargo, pasó ese disgusto ahogado por la mefítica influencia que formaba su oxígeno respirable, y no volvió á recordar lo acontecido.

Cuando se vive entre sombras perpetuas, llega á contagiarse la conciencia, y cuando en ésta reina la noche, lo más probable es ver la próxima aurora desde el tablado de un patíbulo!

Una noche llevó un sofocón, ante un inesperado encuentro. Hallábase en las afueras del teatro abriendo las portezuelas de los carruajes y pidiendo billetes sobrantes, y de manos á boca, se topó con su antiguo padre adoptivo, dando el brazo á la señora y por delante de ellos la niña rubia, su compañera de juegos, bastante crecida, mirando á la multitud con esa fingida indiferencia con que miran las mujeres desde pequeñas.

Sardín no se atrevió ni á respirar, temía que lo recordaran, no por lo que pudieran hacerle—ya no era fácil amedrentarlo—sino porque lo avergonzaba su posición actual. Contrariado por el inciden-

te, ni de Matilde hizo caso, retirándose solo, según su costumbre en casos semejantes, á donde no lo interrumpieran en sus meditaciones, á donde pudiera dar libre curso al llanto que sentía asomarle á los ojos.

Diariamente se veían los dispersos y los unidos, muy de mañana, en los expendios de periódicos, para repartirse luego á los paraderos de los caminos de hierro, punto primero para ellos, de transacciones mercantiles.

Las muchachas dormían hasta más entrado el día.

La noche esa se extrañó á Sardín en el dormitorio general, establecido hacía varias semanas y por lo benigno de la estación, en el parquecillo inglés de la catedral.

Allí, cubiertos por el follaje de los arbustos raros, aprovechando las sombras producidas por los pedestales de las estatuas y de las bancas de hierro, hacinados, comunicándose mutuamente el calor necesario para el sueño, en atroz contubernio los sexos y las edades, cobijados por la tibia brisa de una noche de mayo y arrullados por el llanto de la moral y del pudor, huyendo despavoridos, duerme diariamente una nube de chiquillos, simulando á lo lejos una de las berrugas de las grandes ciudades.

En ocasiones, son despertados con brusquedad por el velador en el ejercicio de su vigilancia, y el trabajo se reduce á separarse, yéndose de dos en

dos á lo sumo, á buscar un sitio ignorado y que pueda escapar á la temblorosa luz de las linternas municipales, delatores inconscientes de esas infracciones necesarias. Otras, y son las más, el velador mismo se compadece, pasa con tristeza junto al grupo, pensando en sus hijitos, y hasta se ha dado el caso de que acomodiándose, se incline á componer con ternura algunas posturas incómodas de los durmientes.

Varios, turbados en su reposo, se conservan inmóviles observando mudos esa abnegada filantropía y la comunican al despertar al resto de sus socios.

Y el velador se marcha, balanceando su farol, alcanza su cuartucho de madera, se instala en la puerta y luchando por combatir el sueño que lo vence al fin, los últimos sonidos que conserva confundidos y agradables, lo forman la respiración de los granujas abandonados y el agua que dulcemente arrojan los surtidores de las fuentes.

El despertar es siempre alegre y matutino. La aurora, esa madre cariñosa de los desamparados y de los tristes, tiene para ellos sus mejores sonrisas y sus mejores caricias.

El aseo no los preocupa mucho, uno que otro emplea el agua.

Como no tienen que vestirse por falta de costumbre y de ropa, se ponen listos en un momento, suprimen la forma embarazosa de los "buenos días,"

hablándose lo mismo que si continuaran una conversación recién interrumpida, queriéndose entrañablemente en el fondo y disputando por el menor incidente; así se dividen sin darse nueva cita, con la seguridad de encontrarse á cada paso, de verse todo el día.

Cuántas noches como esa pasó Sardín al lado de Matilde, timorato primero, buscándola como un refugio, durmiendo en su brazo, escuchándola con recogimiento, pendiente de sus labios, necesitando de su apoyo y de su abrigo, obediente y tembloroso ante los ruidos inexplicables que encierra la noche, despertándola á cada instante para calmar sus temores. Y conforme fué creciendo, de su propia iniciativa, desterró todas esas intimidades, abolió todos esos rasgos que formaban el encanto de su vida. Aunque procuraba seguir durmiendo cerca de ella, no lo hacía como antes; había una dosis de respeto mezclada á mucho de afecto, pero de un afecto raro y desconocido, un afecto celoso, huraño, desconfiado. Ella no variaba de conducta; hasta le llegó á manifestar cierto resentimiento por cambio tan inopinado.

—¿Acaso no la quería ya? ¿Lo había ofendido? ¿Le había hecho algo?

Y él respondía que nó, que nada le había hecho, evasivas, una colección de negativas tontas. Se animaba al afirmarle que sí la quería, muchísimo, más que antes, más que siempre—decía mirándola